

PRESENTACIÓN

Eduardo Carrasco

Estimadas amigas y amigos

Se me ha pedido que haga una breve introducción y como no soy especialista en las materias del Foro, sino filósofo, deseo exponer ante ustedes algunas de las interrogantes que surgen en mí a partir de los temas propuestos.

Tal como reza el título del Foro al que hemos sido convocados, se trata de “contar y pensar la América Nuestra”, volviendo la mirada hacia “nuestra historia”. Este intento no presentaría mayores dificultades, si estuviera claro y exento de todo cuestionamiento qué debemos entender por expresiones tales como “América nuestra” y “nuestra historia”. Si nos adentramos en el enigma que encierran estas palabras, surgen de inmediato muchas preguntas. Permítanme entonces compartir con ustedes mi desconcierto: “nuestra”, ¿de quién? ¿Quiénes somos “nosotros”, los que nos proponemos contar y pensar? ¿Los países latinoamericanos? La América “nuestra” ¿sería entonces la que no es de los americanos? Pero acaso, además de estar nosotros en la América “nuestra”, ¿no estamos también dentro de esa América que se supone no es la nuestra? ¿Hay una sola con una sola historia, o hay varias Américas con historias diferentes? ¿Son “nuestros” estos países, en el sentido de territorio en el que libremente podamos desplegar nuestros proyectos como comunidad, en forma unitaria y coherente? ¿O lo que hemos buscado durante siglos, y particularmente a partir de nuestra Independencia, es justamente que esta América algún día pueda llegar a ser verdaderamente nuestra? ¿Hay algo así como una pertenencia que podamos reclamar en conjunto y que haga de este continente algo que poseamos? ¿Existe una historia “nuestra”? ¿Y en qué sentido sería tal? ¿Forma parte de nuestras pertenencias, o, por el contrario, somos nosotros los que le pertenecemos? ¿De dónde surge esta convicción de que somos efectivamente lo que pensamos o imaginamos ser? ¿No serán tal vez manifestaciones de anhelo o deseo, más que una realidad consumada, ante la cual bastaría dirigir la mirada para delinear límites y entrever horizontes?

Si no nos conformamos con ideas que no hacen otra cosa que exponer reiteradamente lugares comunes, estos preparativos pensantes para el Bicentenario podrían adquirir una urgencia especial; los cuales, de abordar el asunto con seriedad, podrían conducir a adentrarnos en lo que verdaderamente somos y a buscarnos en ese territorio en el que verdaderamente estamos y que no parece tan claramente descubierto o delimitado. A lo mejor lo común de estos lugares sea lo único verdaderamente común que tengamos, pues quizás de lo que se trate sea justamente, descubrir América, de una vez por todas. O de descubrirnos *en* América. O de descubrir la América que todavía no somos o no hemos sido capaces de constituir y construir. En lo que no cabe la menor duda es que ninguna de estas preguntas tiene una respuesta simple.

Que el Bicentenario sea una ocasión propicia para dirigir nuestra mirada hacia lo que somos y hemos sido, es algo que no debería discutirse. Lo importante es que lo hagamos sin echar mano al discurso edificante, con respuestas preparadas y que siempre sirven como expediente para no enfrentar estos asuntos con el debido cuestionamiento y radicalidad. Creo que por la prominente calidad de los participantes y por los decisivos temas que se abordarán, hoy

(2005) podemos esperar dar, por lo menos, un buen paso hacia una mayor claridad y hacia un principio de respuesta a algunas de estas interrogantes.

Es muy auspicioso que el marco en que se da este primer panel sea el de la Historia, pues si en algún territorio podemos buscar una respuesta orientadora a lo planteado es precisamente en este. Eso, a condición de que no pensemos que esta se limite a mostrarnos acontecimientos del pasado, que ya hemos dejado atrás. Por el contrario, la Historia nos permite entrever justamente lo que aún sucede, lo que no ha cesado de ocurrir, lo que extiende su influencia desde los orígenes y abre ante nosotros un futuro preciso y determinado, el cual, por haber inexorablemente comenzado, no ha terminado de acontecer. Por otra parte, también nos situamos dentro de una perspectiva corta respecto de la Historia cuando imaginamos que tenemos un futuro indeterminado que está esperando nuestras decisiones para configurarse de acuerdo a nuestros propios planes. Como si el presente se pudiera escabullir de sus raíces y, como un recién nacido, pudiera alzarse teniendo ante sí un mundo siempre inmaculado por conquistar. El futuro es un camino puntual que, en cierto modo, tenemos delante, porque ha sido abierto por nuestra historia, y ante cuyas exigencias debemos ser capaces de responder con la altura necesaria para no distorsionar su trazada ruta. Estamos en un tren en marcha. Por eso, para adentrarnos en ese futuro, no debemos mirar sólo hacia adelante, como si fueran únicamente nuestros sueños los que nos permitieran edificarlo, sino sobre todo hacia atrás, hacia lo que definitivamente somos, hacia el sitio donde se ha decidido nuestra identidad, que no es otra cosa que el resultado de nuestra historia. La Historia es más futuro que pasado, en la medida que lo que relatemos en ella sea lo que se ha ido definiendo como destino propio, como nuestra vocación como pueblos, como nuestra tarea ineludible.

Y por eso creemos que sólo tiene verdaderamente lugar aquello que corresponda adecuadamente a los acontecimientos que originan una historia. Si no existiera un hilo invisible que vaya uniendo los hechos en una unidad que el relato pone en evidencia, nuestra existencia sobre la Tierra sólo sería un amontonamiento de situaciones inconexas, ordenadas únicamente por relaciones de sucesión temporal. Caemos fácilmente víctimas del "eventismo", y nos sentimos, a menudo, inclinados a pensar que lo que verdaderamente está sucediendo es lo que leemos en los titulares de los diarios. Pero lo cierto es que los verdaderos acontecimientos son aquellos que señalan las corrientes profundas, generalmente ocultas, que nos transportan de época en época y que nada o poco tienen que ver con lo que detecta el periodismo. Los verdaderos acontecimientos, como el de nuestra emancipación política y económica, por ejemplo, siguen su curso dando lugar, a través del tiempo, a muchos hechos menores que son sólo epifenómenos. Es la mirada histórica la que puede permitimos desentrañar esas corrientes profundas para responder adecuadamente a la simple pregunta por lo que pasa, por lo que nos ocurre, por lo que caracteriza la situación en la que estamos. Felizmente, no siempre andamos perdidos en la contingencia, y esta circularidad en la que estamos pensándonos aquí, de nuevo, con vistas al Bicentenario de nuestra Independencia, pareciera demostrarlo.

Porque tal vez hemos llegado a comprender que la Independencia sigue siendo una tarea vigente, así como también la República que nuestros ilustres antecesores quisieron fundar. La circularidad del Bicentenario no es el cierre de un anillo, sino la urgencia de la vuelta al mismo punto de partida, ahora resurgida en un nivel más alto de exigencias. Esto no significa la ausencia de progreso entre 1910 y hoy. Pero, precisamente, si lo ha habido, es porque seguimos en

lo mismo. Lo mismo, no como repetición de lo idéntico, sino lo mismo que, como dice una canción muy pertinente, no es lo mismo, pero es igual.

Más allá del discurso bien intencionado que recuerda siempre la unidad de origen de nuestros pueblos, la unidad lingüística, las semejanzas culturales, es importante que nos preguntemos qué plausibilidad tiene nuestra América hoy, en el caso de que ella efectivamente existiera. A nuestro alrededor vemos banderas, problemas diplomáticos, conflictos geopolíticos, oposiciones de intereses económicos, discursos despectivos, en un sentido o en otro. En medio de estas reivindicaciones que transforman el discurso unitario en una lejana utopía, la única posibilidad podría provenir de la Historia, pero no de la fáctica, sino de aquella otra que se refiere a lo que está en juego, de la que es destino común decidido hace mucho y ante la cual sólo nos cabe situarnos debajo o a su altura, pero nunca por encima. Esa historia, que tiene lugar incluso a pesar de nuestra torpeza, es tal vez la que se señala en el relato de lo que somos y hemos sido, de lo que finalmente seremos verdaderamente. Por eso, no es menor que muchos países latinoamericanos estén celebrando su propio Bicentenario en el mismo año que nosotros o en años cercanos. Tal vez esto sea una demostración de que estamos todos viviendo una misma historia o una historia paralela, y que eso "mismo", no sólo es lo mismo para nosotros, sino para todos esos pueblos que conforman el "nosotros".

Junto a este llamado hacia el arraigo, hacia la identidad y hacia lo propio, es verdad también que nos hallamos involucrados en un proceso de globalización en el cual se rompen fronteras, se universalizan culturas y hasta se cuestiona el Estado-Nación. Por eso no podemos eludir la siguiente pregunta: ¿no estaremos entonces pasados de moda celebrando el Bicentenario de un acontecimiento cuyo movimiento histórico va exactamente en sentido contrario a la dirección del actual proceso de mundialización? ¿No será más adecuado ubicarnos en un singular proceso de dependencia, en lugar de seguir buscando "la" In-dependencia? ¿O será que tal vez ahora la independencia se lograría a través de la dependencia? Y si esto fuera así, ¿cuál sería entonces la dependencia que genera Independencia? ¿Cuál es la dependencia que corresponde y es coherente con nuestro camino histórico? Pero, también, ¿cuál es la Independencia coherente con los tiempos que vivimos? Entonces se hace legítimo preguntar cuál es finalmente nuestra historia: la historia de la Independencia o la historia de la dependencia. Lo más plausible es que sea la de ambas y seguramente nos podremos escapar de ninguna de las dos. Que somos hijos de ambas historias o que nuestra propia historia es doble, es lo que claramente se manifiesta en los dos hechos más definitivos de nuestro nacimiento como pueblos: el descubrimiento de América, que algunos han interpretado como avance de la actual globalización, y la Independencia, que nos fuerza a encontrarnos en el retroceso hacia nosotros mismos y en nuestra propia autoafirmación. Así, vivimos en medio de una unidad de contrarios, en medio de dos fuerzas, una centrípeta y otra centrífuga, que nos transporta a través de diversos hechos y decisiones hacia lo que debemos ser o hacia lo que no somos capaces de ser a pesar de tener que serlo. Y si esto es así, y de ambas direcciones históricas brotan sendas exigencias, ¿no está claro que seguimos en lo mismo? ¿Acaso nuestra tarea actual no sea exactamente la de insertarnos en la globalización sin perder el alma en ello?

Está claro que es imposible abordar estas dos tareas contradictorias sin volver necesariamente nuestra mirada hacia la Historia, el ámbito en que se resuelve tanto la identidad como la universalidad. La pertinencia de este Foro y su modalidad están entonces fuera de duda. Pero para acercarnos a esa historia es preciso pensarnos cada vez de nuevo y cada vez más profundamente. Ese es el sentido de estos encuentros y a eso es a lo que espero podamos

acercarnos esta mañana a través de las intervenciones de nuestros panelistas. Por eso, no los molesto más con mis preguntas. Se trata ahora de ponerse manos a la obra.

Muchas gracias